Telón de Agora

UN SOÑADOR PARA UN PUEBLO
¡VUELVE, PEQUEÑA SHEBA!

A Buero Vallejo un joven interlocutor mío le llamaba hace poco, no estando él delante, don Antonio. Decía asimismo, con leve intención peyorativa, que don Antonio "tenía su público". Creo que estos datos prueban suficientemente, al conocedor de nuestro pueblo, la batalla librada por Antonio Buero Vallejo y su gran importancia. Muchos escritores españoles, en cualquier campo de la literatura, al adquirir el don pierden su público, por aburrimiento de éste, reiteración o *bluf*. El 7 de febrero, dos meses después de su estreno, al que asistimos, *Un soñador para un pueblo* llenaba el teatro y promovía aplausos frecuentes y murmullos detectores de gran interés. Buero Vallejo une a su reconocida calidad un público atento y más numeroso de lo que muchos quieren pensar. El drama actual en España no tiene más que un nombre y una obra que, además, son importantes: los de Antonio Buero Vallejo. Una realidad tan evidente parece obvio intentar demostrarla.

Un soñador para un pueblo es un recordatorio. En este sentido la obra es eminentemente útil. La versión escénica libre del motín de Esquilache—a la par de tantas logradas recreaciones históricas intencionales del teatro de hoy—daba ocasión a Buero de hacer hablar sobre España y los españoles a un extranjero, el siciliano don Leopoldo de Gregorio, y a Carlos III, que no calló en muchas ocasiones, como la reina Amalia, su impresión poco halagüeña sobre este país. El marqués de Esquilache va diciendo con "dolorido sentir" verdades como puños y descubriendo los graves intereses mezquinos de los "grandes", mientras su drama se precipita. Buero mete al pueblo, a una humilde muchacha, en el despacho de Esquilache, en el corazón del marqués. Y en ella, como en otras gentes de buen sentido y pureza, prende la semilla y la alta intención del gobernante. Doña Fernandita—la muchacha—aclara al fin sus ideas y escoge lo mejor. *Un soñador para un pueblo* es esperanzadora y humana, aunque supone, en la evolución social, una lentitud un tanto melancólica. La obra está resuelta con maestría y rara—no en este autor—habilidad. Buero Vallejo es un soñador, como el protagonista de su obra, que sabe su oficio, que sabe de números: de los que necesita este país.

En la interpretación destacan Carlos Lemos, Asunción Sancho, Fernando Guillén y José Sancho Sterling. José Tamayo ha dirigido bien pero, a veces, hay algo de barullo en las entradas y salidas de los personajes al despacho del marqués. Muy bueno el decorado de Emilio Burgos

William Inge, autor afortunado de los guiones de *Picnic* y *Bus Stop* no significa mucho en el panorama teatral norteamericano. Sin embargo en *¡Vuelve, pequeña Sheba!,* que ha puesto Modesto Higueras en el Teatro Nacional de Cámara, se muestra buen autor, con ambición y costumbre.

¡Vuelve, pequeña Sheba! es una obra muy americana por sus situaciones y ambiente. Camina sobre dos espléndidas muletas, Chejov y O'Neill, que quedan de lejos evocados. En Lola Donaley, William Inge hace un acabado estudio del histerismo. Sheba es la perrita que se marchó y no volvió, pero Sheba en aquella casa significaba muchas cosas que se marcharon para siempre. *¡Vuelve, pequeña Sheba!* es una obra de público que podría explotarse mucho más. ¿Qué incompatibilidad hay entre un Teatro de Cámara y Ensayo y la representación diaria de una obra? Estamos de lleno metidos en el tópico de la representación única.

Durante la obra transcurre bastante tiempo; el telón se levanta seis veces. Pero el calendario, en la cocina, muestra al espectador siempre la misma fecha: 2, abril, sábado. Es el único reparo que oponer a una dirección eficaz. José Calvo nos gustó mucho. Mercedes Prendes estuvo muy acertada.

Otros estrenos han sido: *Bobosse,* de André Roussin, adaptación de Alfredo Matas y Jaime Descallars, con una interpretación de extraordinario actor de Adolfo Marsillach. *El amor es un potro desbocado,* de Luis Escobar y Luis Saslawski, comedia agradable a veces sobre los amores del Cid y Doña Jimena, con un final de obra desastroso. *No,* de Joaquín Calvo Sotelo. *Papá se enfada por todo,* de Alfonso Paso. *La feria de Cuernicabra,* de un autor nuevo, Alfredo Mañas. *El rehén,* de Paul Clodel, por "Los Nocturnos" del "Ramiro de Maeztu", dirigidos por Enrique Navarro Ramos. El TEU de Letras y el Colegio Mayor "Santa María de la Almudena", han puesto *El hombre mil,* de Marilés Sánchez Lloréns, dirigidos por Miguel Perpén. *La ciudad que tiene vino en sus piedras,* de Juan Guerrero Zamora, ha sido leída por un grupo de primeros actores en la Tertulia Literaria Hispanoamericana. *Noche en casa del rico,* de Hugo Betty, por el TEU Provincial de Madrid. Director: Juan José Alonso Millán. Y *Un amante en la ciudad,* de Ezio d'Errico, por el grupo "Pigmalión", que dirige Antonio Girau. Las dos últimas dentro del Primer Festival de Teatro de Cámara de Madrid, que se celebra en el teatro Maravillas, y cuya idea—de Gustavo Pérez Puig, espléndida—se ve malograda hasta ahora por falta de calidad. Bien entendido que varios teatros de cámara importantes de Madrid quedan fuera, no sabemos por qué, de este certamen.

M. F.